

## EL «CONTRATO SOCIAL» FRENTE AL «DISCURSO SOBRE LA DESIGUALDAD»

Para los historiadores de la Filosofía sólo hay una delicia comparable a la de descubrir en un autor contradicciones: la de señalar que erraron quienes creyeron verlas y hallar la síntesis por donde se resuelven.

Ninguna obra como la de Rousseau invita a este solaz. Por eso se han ido turnando entre sus comentaristas las modas del contraste y de la síntesis; y también por eso mismo no voy a resistir a la tentación de enfrentar y reconciliar en esta nota el *Contrat social* con el *Discours sur l'origine et les fondements de l'inégalité parmi les hommes*.

El tema reverdece hoy gracias a la postura que adopta Guillermo Fraile en el tercer volumen de su *Historia de la Filosofía*, recientemente publicado con el subtítulo *Del Humanismo a la Ilustración* (1). El eruditísimo dominico resume aquí las conclusiones de su documentado artículo «Hobbes y Rousseau, con Vitoria al fondo», donde ha expuesto con mayor detalle el problema y los argumentos en favor de su solución personal (2). Sirven de tema las tan traídas y llevadas discrepancias del *Discurso* con el *Contrato*. Mal se compaginan los asertos y hasta el estilo de éste con aquél; ni aun los intérpretes más adictos a Rousseau, nos dice Fraile, han podido disimular las contradicciones radicales entre estas obras suyas.

Nuestro prestigioso historiador de la Filosofía da cuenta de algunas posiciones adoptadas por los comentaristas y críticos del problema. A los autores citados (Maritain, Uscatescu, Bourguin, Boutroux, Höffding, Jodl, Holstein...), cuyas teorías expone con precisión que me exime de repetirlas aquí, cabría añadir los nombres de otros muchos. Por vía de ejemplo recordaré los de Mornet, Morley, Ducros y, especialmente, Faguet (del que me ocuparé luego), críticos ya clásicos de las discrepancias entre las dos obras. Estas contradicciones constituyen una paradoja que en el fondo «sigue

---

(1) B. A. C., Madrid, 1966, págs. 937 y sigs.

(2) *Anuario de la Asociación Francisco de Vitoria*, XV, Madrid, 1964-65, páginas 45 y sigs.

maravillando a los intérpretes», como escribe Cassirer, y que podemos resumir con sus mismas palabras: «Poco tiempo después de compuesto el *Discours sur l'origine de l'inégalité*, en el pensamiento de Rousseau ocurre una revolución inexplicable...: Rousseau se convierte en el autor del *Contrat social* y escribe el código para la sociedad que había censurado y señalado como causa de la corrupción e infelicidad del género humano» (3). Añadiré sólo algún detalle. En el *Discours* el hombre es originalmente bueno y se corrompe en la sociedad, mientras en el *Contrat social* el paso del estado de naturaleza al civil es el origen de los valores morales. En el primero, la sociedad se engendra como una usurpación y se consolida por medio de un engaño, de un pacto leonino entre los tiranos y el pueblo, que destruye los últimos restos de libertad; en el segundo, la sociedad es benéfica y se constituye por un contrato de cada individuo con todos los demás que garantiza la libertad y establece la soberanía del pueblo. En fin, si reparamos en que el *Discours* nos invita a desertar de la sociedad para volver a la naturaleza, mientras el *Contrat* nos la presenta como provecho y mejora de nuestra condición, comprenderemos las razones de quienes ven estas dos obras como una pareja mal avenida.

Sin embargo, la exégesis vino luego a «descubrir» la ausencia de discrepancias entre ambas y la posibilidad de casarlas en una interpretación global. Hubert ha sido el primero en defender su íntima coherencia, criticando a los críticos que les achacaron graves desacuerdos (4). Esta visión unificadora ha prevalecido con rara unanimidad en la doctrina. La mayoría de los estudiosos de Rousseau, por no decir todos, rechazan la tesis de la contradicción (5). Quizá nadie puede representar mejor que Cassirer este esfuerzo de los críticos modernos por reconciliar las dos obras. El *Discours sur l'inégalité* y el *Contrat social*, nos dice, entran el uno en el otro pese a todas sus contradicciones aparentes. Llegado a un cierto punto comprende Rousseau cómo el problema de lo que el hombre es (reflejado en

(3) E. CASSIRER: *Il problema Gian Giacomo Rousseau*, Firenze, 1938 y 1948, página 28.

(4) *Rousseau et l'Encyclopédie. Essai sur la formation des idées politiques de Rousseau*, París, 1928.

(5) Por ejemplo, A. Saloni sostiene—con el tono entre lírico y dramático al que se han acostumbrado tantos italianos—la unidad vital, si no sistemática, de la obra de Rousseau (*Rousseau*, Milano, 1946, págs. 320 y sigs.); L. Gomes Machado da por hecho que existe una evolución lógica entre los dos ensayos (*Homen e sociedade na teoria política de Jean-Jacques Rousseau*, São Paulo, 1956, cap. III, *Do «Discurso» ao «Contrato»*, págs. 57 y sigs.); A. Testa ve en el *Discurso* un avance de los temas del *Contrato* (*Meditazioni su Rousseau*, Bologna, 1963, pág. 14); lo mismo advierte J. A. Llinares (*Pacto y estado*, Madrid, 1963, págs. 199-200), etc.

el *Discurso*) no puede dissociarse de lo que el hombre debe ser, y para dar entrada a esta segunda problemática escribe el *Contrato* (6). Por eso los dos ensayos, lejos de desdecirse, se complementan. El primero describe la forma empírica de la sociedad, mientras el segundo se ocupa de la forma ideal (7).

Esta teoría encuentra apoyo en algunos textos de Rousseau; así y todo, tiene más de elegante que de exacta (8). Las divergencias entre una y otra obra son palmarias y no se reducen por mucho idealismo y mucha filosofía del espíritu que pongamos en juego. Por eso, en vez de intentar en vano reconducirlas a un sistema unitario y coherente en todas sus partes, parece más sensato buscarles una explicación; más vale preguntarse por qué se han producido esas contradicciones y cuál de los dos escritos debe prevalecer.

Si se adopta esta postura, la cronología de los dos escritos adquiere una importancia decisiva, porque el último corregirá el primero. Y ocurre que el *Contrat social* (1762), a más de ser trabajo de muy superior empeño, se publicó mucho después que el *Discours*. Lo inmediato será pensar que revoca las doctrinas de éste y representa un cambio fundamental en el pensamiento de Rousseau, una retractación en regla.

Fraile ha realizado su estudio en esta línea, que en vez de negar las contradicciones prefiere explicarlas, pero para llegar al resultado diametralmente opuesto. Si los intérpretes no aciertan a explicarse las violentas discrepancias entre estas obras—viene a decirnos—, es porque «todos ellos se han guiado por la cronología de su publicación». Así, «el problema adquiere categoría de insoluble», pues el *Contrato*, según las referencias del propio autor, fue escrito o por lo menos ideado primero (9). Entre una y otra obra ocurriría, según Fraile, la famosa «iluminación de Vincennes», a partir de la cual Rousseau será un hombre distinto. El *Contrato*, obra de hechura clásica y contexto apacible, sería anterior a la gran crisis; en ésta se forjaría el Rousseau furibundo, la oratoria virulenta y malsana del *Discurso*.

Cierto que los historiadores se fían de la anterioridad del *Discurso*. Sin

---

(6) E. CASSIRER: *Op. cit.*, pág. 45.

(7) *Op. cit.*, págs. 117 y sigs. La misma explicación nos da P. Bourgelin, *La Philosophie de l'existence de J. J. Rousseau*, París, 1952, en el epígrafe «L'unité de l'oeuvre de Rousseau», págs. 505 y sigs.

(8) Contra el excesivo idealismo de la síntesis de Cassirer, A. Saloni, *op. cit.*, página 320.

(9) *Hobbes y Rousseau...*, pág. 48. *Historia de la Filosofía*, III: *Del Humanismo a la Ilustración*, págs. 937 y 945-6.

embargo, no es nueva la tesis de Fraile, y aunque sea infrecuente entre los estudiosos de estos dos tratados, no se puede decir que «todos ellos se han guiado por la cronología de su publicación». Hace ya más de medio siglo sostenía Faguet una tesis en todo idéntica a la de nuestro autorizado historiador de la Filosofía. También tomaba el *Contrat social* por obra primeriza, anterior al *Discours sur l'inégalité*, y fechaba su origen en 1743, así como su redacción en 1750 ó 1751: exactamente igual que el erudito dominico (10).

Derathé, autor de uno de los estudios más rigurosos que conozco sobre Rousseau, despacha esta hipótesis sin miramientos. Para él, «esas conclusiones que Faguet da por certidumbres o poco menos, pertenecen al dominio de la pura fantasía», pues las sostiene «imprudentemente», «contra toda razón», en base a graves «errores de fechas» (11). Pero Derathé no nos da suficientes razones: se limita a declarar con tono más bien dogmático que, según se deduce de la carta a Moulton de 18 de enero de 1762 y del capítulo octavo de las *Confessions*, Rousseau sólo acomete en serio hacia 1750 ó 1751 la preparación de sus *Institutions politiques*, cuyo plan no tendrá claro hasta 1754, para redactar la primera versión del *Contrat social* sobre el año de 1756.

Según pienso, aciertan éste y todos los autores que emplazan el *Contrat social* después y no antes del *Discours sur l'inégalité*. Pero no sería justo atribuir a gratuitas fantasías la inversión de este orden. Hoy el padre Fraile aporta un cuidado catálogo de nuevas razones para afirmar que el *Contrato* es anterior al *Discurso*; habremos de enfrentarles nuevos argumentos si queremos dejar bien sentado lo contrario. Veamos, pues, las razones del ilustre dominico.

a) Por el propio Rousseau sabemos que el *Contrat social* es un fragmento de unas *Institutions politiques* emprendidas y abandonadas hacía mucho tiempo: En las *Confessions*, refiriéndose al año de 1756, dice de estas instituciones: «Il avoit treize à quatorze ans que j'ens avois conçu la première idée, lorsque, étant à Venise, j'avois eu quelque occasion de remarquer les défauts de ce gouvernement si vanté» (12). Luego concibió

(10) E. FAGUET: *Rousseau penseur*, París, 1910, págs. 318-9.

(11) R. DERATHÉ: *Jean-Jacques Rousseau et la Science Politique de son temps*, París, 1950, págs. 52-3, y nota a pie de pág. 53.

(12) *Les Confessions*, II, IX, pág. 1.145. Aquí y en todas las notas cito los escritos de Rousseau por la edición de *Oeuvres complètes de J. J. Rousseau, citoyen de Genève* de A. Sautet et Co., París, 1824.

el *Contrat* trece o catorce años antes de 1756, esto es, en 1743 ó 1742, que en efecto es la época de su estancia en Venecia (13).

El argumento no es del todo válido. La veleidad de escribir unas *Instituciones políticas* es cosa muy distinta de concebir todo cuanto éstas pudieran llegar a contener andando el tiempo. En el mismo lugar de las *Confessions* declara Rousseau que luego se extendieron mucho sus perspectivas por el estudio histórico de la moral. En Venecia se le ocurre hacer la crítica de las instituciones políticas venecianas, quizá considerar las de algún otro gobierno bien conocido por él..., y probablemente nada más. Si este tema (que, por cierto, no tiene nada que ver con el *Contrato social*) es el punto de partida de las *Instituciones*, Rousseau comenzaría su trabajo ocupándose de él y no de otra cosa. Pero casi a renglón seguido, y siempre refiriéndose al estado de sus *Institutions politiques* en el año de 1756, declara: «Quoi qu'il y eût déjà cinq ou six ans que je travaillois à cet ouvrage, il n'étoit encore guère avancé». Y de aquí sacamos dos conclusiones ciertas. Pues, en primer lugar, si en 1756 la obra no había avanzado nada, para esa fecha no tenía escrita en el papel ni del todo clara en la cabeza la parte *plus considerable* de la obra (14), publicada luego con el título *Du Contrat social*. Mas, aun prescindiendo de esto, en segundo lugar sabemos que Rousseau no empezó a trabajar en las *Instituciones* hasta 1751 ó 1750 (cinco o seis años lleva trabajándola en 1756), es decir, varios años después de la famosa «iluminación» de Vincennes.

b) El siguiente argumento de Fraile es la carta a M. Moultou de 18 de enero de 1761, donde Rousseau presenta el *Contrat social* como un recorte de una obra mayor, las *Institutions politiques*, «entrépris il y a dix ans, et abandonné en quittant la plume» (15).

En realidad, este texto, lejos de favorecer su tesis, la pone en grave aprieto. Aunque Rousseau declara que había abordado tiempo atrás las *Institutions*, también confiesa que tiempo atrás las dejó abandonadas. Pero sobre todo sitúa el primer intento de acometer la composición de esta obra en 1751: dos años después de la iluminación de Vincennes.

c) Por último, nos recuerda Fraile la carta a Malesherbes en 1762, donde Rousseau describe esa famosa iluminación, y afirma: «Tout ce que j'ai pu retenir... a été bien foiblement épars dans les trois principaux de mes écrits, savoir, ce premier Discours, celui sur l'Inégalité, et le traité de l'Education» (16). Como no cita entre estos escritos el *Contrat*, según nues-

(13) G. FRAILE: *Hobbes y Rousseau...*, pág. 49.

(14) Vid. la advertencia previa del *Contrat*, ed. cit., pág. 323.

(15) Ed. cit., págs. 1.430-31.

(16) *Quatre lettres à M. le Président de Malesherbes*, II, ed. cit., pág. 1.224.

tro prestigioso tratadista hemos de considerarlo anterior a la gran epifanía de Vincennes del año 1749 (17).

El argumento, a decir verdad, no me convence. Tampoco cita Rousseau la *Nouvelle Heloise* (1760), y no por eso vamos a creerla anterior a la inspiración caudalosa de 1749. Si no incluye *Du Contrat social* entre sus tres escritos principales, quizá sea porque no lo considere principal y nada más. En la «Advertencia» que encabeza su publicación nos lo presenta como «ce petit traité...» (18). Puede argumentarse en contra que ese primer discurso citado por Rousseau lleva también una «Advertencia» donde nos lo muestra como una obra «desdichada», «de lo más mediocre», etc. Pero, evidentemente, por malo que fuera este discurso sobre el tema propuesto por la academia de Dijon («si la restauración de las ciencias y las artes ha contribuido a corromper o a reprimar las costumbres»), no podía dejar de citarlo entre las obras nacidas de la inspiración que se le produjo en Vincennes precisamente al leer ese tema. Parecería inexplicable no incluir entre los frutos de la gran iluminación este discurso que lleva por título la frase inspiradora y es su respuesta inmediata. Pero, en cambio, el *Contrato* obedece a motivaciones completamente distintas. Y, así, tenemos las dos razones que aportaría Perogrullo para explicar por qué Rousseau no cita *Du Contrat social* entre sus principales escritos inspirados en Vincennes: porque no lo considera principal, o porque no lo considera inspirado en Vincennes.

Y, sin embargo, quizá la verdadera razón sea muy distinta: Rousseau no lo cita porque cuando escribe esa epístola a Malesherbes, el 12 de enero de 1762, *Du Contrat social* no ha aparecido todavía. No se publicará hasta marzo del mismo año. Ciertamente que el *Emile, ou de l'éducation* se publicará aún más tarde (dos meses después que el *Contrat*) (19) y, en cambio, Rousseau sí lo cita. Pero el caso es muy distinto. El manuscrito del *Emilio* estaba terminado y fue a la imprenta antes que el *Contrato*. Aunque su aparición al público se retrasó para desespero del autor, era conocido de sobra entre sus amigos. Ya en 1760, en sus cartas a la Mariscalda de Luxemburgo y al librero Guérin, habla de esta obra como de cosa conocida y, por supuesto, acabada (20). No pudiera decirse lo mismo del

---

(17) *Hobbes y Rousseau*, pág. 50.

(18) Ed. cit., pág. 323. También en la mencionada carta a M. Moulto, de 18 enero 1761 (ed. cit., págs. 1.430-31): «...un petit ouvrage qu'a pour titre *Du contrat social*...»

(19) *Confessions*, II, XI, ed. cit., pág. 1.192.

(20) *A Madame la Maréchale de Luxembourg*, de 12 diciembre 1760, ed. cit., página 1.429; *A M. Guérin, libraire*, de 21 diciembre 1760, ed. cit., pág. 1.430.

Contrato por aquel entonces. Sabemos que le daba los últimos toques en 1761 (21). Rousseau—luego indagaremos la razón—guardaba gran reserva acerca de este escrito. A comienzos de aquel año empezó a corregir las primeras pruebas, según le escribe a Moulton en la carta citada; pero también le dice: «Esta obrita no es aún conocida por el público, ni siquiera por mis amigos. Usted es el primero a quien le hablo de ella» (22). Tal discreción con el *Contrato* es la causa inmediata de que el *Emilio*, aunque habría de publicarse después, fuera del dominio de los enterados bastante antes. Así lo revela una referencia incidental a las dos obras en las *Confesiones* a propósito de un tal De Bastide, director del periódico *Le Monde*, que se empeñaba en comprar todos sus manuscritos. «Había oído hablar de mi *Julia* y quería que yo la publicara en su diario; en él quería que publicara el *Emilio*, y habría querido que publicara el *Contrato social* si hubiera sabido que esta obra existía» (23).

En esta misma línea de reserva con el *Contrato*, mientras el *Emilio* se da a los cuatro vientos, Rousseau mienta el segundo, silenciando el primero, en la epístola a Malesherbes, llamada a hacerse pública. No es razonable esperar de un autor que cite entre sus escritos principales uno aún desconocido, y menos cuando sabemos que en todo momento ha procurado ocultarlo.

Para usar de tanto secreto con *Du Contrat social* habría motivos de conveniencia política fáciles de suponer: la obra no es tan inocente como nos dice Fraile. Respecto de este tratado, Rousseau no las tenía todas consigo; y con razón, pues luego de publicarlo tuvo a casi todos en su contra. Pero hay también una posible explicación que resulta mucho más significativa para nuestro problema. Los escritores no suelen ser proclives a hablar de la obra que se traen entre manos. La reserva de Rousseau durante este período previo a la publicación del *Contrat* se debe sencillamente, según pienso, a que lo tenía sin terminar. Después de acabar el *Emilio*; después de enviárselo a Madame de Luxembourg; después de vendérselo al librero Duchesme en París; después, en fin, de recibir la mitad del pago y ya impaciente por cobrar la otra mitad que debían pagarle cuando el libro se publicara, «mientras esperaba le di la última mano al *Contrato social*» (24). Por eso pudo hablar antes del *Emilio* que del *Con-*

(21) Refiriéndose a este año de 1761, escribe: «... et, mettent alors la dernière main au *Contrat social*, j'y marquai dans un seul trait ce que je pensois des précédents ministères...» *Confessions*, II, XI, ed. cit., pág. 1.187.

(22) Ed. cit., pág. 1.431.

(23) *Confessions*, II, XI, ed. cit., pág. 1.185.

(24) *Idem*, pág. 1.188.

*trato*: porque es anterior. Aquí sí que nos confunden a primera vista las fechas de sus respectivas ediciones. El manuscrito del *Contrato* se terminó después, y si se publicó antes fue porque «se imprimió muy de prisa. No ocurría lo mismo con el *Emilio*, cuya publicación esperaba...» (25).

Pues bien, después de todas estas referencias y consideraciones podemos dar por definitivamente resuelto el problema cronológico de la génesis y redacción del *Contrat social*. Si recogemos los datos que llevamos vistos y los ordenamos, tendremos la historia de este escrito con fechas muy aproximadas.

En Venecia, hacia el año de 1743, se le ocurre a Rousseau la idea de escribir unas «instituciones políticas». No vuelve a ocuparse de aquel viejo proyecto hasta un año o dos después de la iluminación de Vincennes, pues sólo en 1750 ó 1751 empieza a trabajar en las instituciones. (Probablemente lo que por aquel entonces escribía con lentitud y desgana fue lo mismo que habría de arrojar más tarde al fuego). En 1756, estas *Institutions politiques* no han avanzado lo más mínimo y, por consiguiente, no cabe suponer ni siquiera una primera redacción del *Contrat social* antes de ese año. Después de vender y publicar la *Nouvelle Héloïse* en 1760, con su economía algo repuesta gracias a este ingreso y con el *Émile* muy avanzado, Rousseau se ocupa de las *Institutions politiques*: en vista de que necesitaría años de trabajo, renuncia a terminarla y decide sacar lo aprovechable para quemar el resto. «Et, poussant ce travail avec zèle, sans interrompre celui de l'Émile, je mis, en moins de deux ans, la dernière main au *Contrat social*» (26). Al cabo de estos dos años de trabajo intenso lo tiene ultimado; los retoques finales (1761) y la publicación (1762) se producen entre la venta y la edición del *Émile*.

He aquí la verdadera peripecia del *Contrato* desde la inspiración hasta la prensa. Si queda suficientemente demostrada, como espero, hemos de rechazar de plano la tesis que nos lo presenta como un escrito viejo y primerizo, previo a la epifanía de Vincennes, publicado con enorme retraso al cabo de los años. Sin lugar a dudas, acababa de escribirse cuando se dio a la imprenta. No se puede fechar su concepción en 1743, cuando Rousseau acaricia la fantasía de llegar a escribir unas *Instituciones políticas*, pues jamás en el proyecto de una obra se le muestra al autor todo su contenido ni aun en vislumbre. Y el extenso estudio de las instituciones políticas imaginado por el músico ginebrino habría de ser tan rico, tan vario, tan complejo, que resultó hartó superior a sus fuerzas, según él mismo

(25) *Idem*, pág. 1.189.

(26) *Confessions*, II, X, ed. cit., pág. 1.176.



dice. Las instituciones políticas se le ofrecían como tema y como campo de investigación, no como obra ya pronta para pasar al papel. La prueba son los muchos años que anduvo dándole vueltas, para desistir al final. Un escritor como Rousseau no se pasa tantos años buscando la expresión de algo ya ideado, sino buscando la misma idea. ¿Cómo tenía las ideas del *Contrato* cuando lo abordó de lleno hacia 1760? Sabemos que, aun «poussant ce travail avec zèle», tardó casi dos años en terminarlo. Y esto nos demuestra que hasta entonces estaba por completo sin hacer, porque en una pluma como la de Rousseau, dos años de afanoso trabajo sólo pueden corresponder a la completa creación de una obra; son demasiado tiempo y demasiado esfuerzo para pensar que los gastó en solo corregir «ce petit traité». Por todo lo cual, y como quiera que las obras no datan de cuando sus autores entrevén la posibilidad de llegar a hacerlas, sino de cuando las hacen, hemos de fechar la creación del *Contrat social* a partir de 1760. Son once años, nada menos, después de las intuiciones de Vincennes.

De esta forma, rechazada la ingeniosa explicación que remonta la edad del *Contrat social*, de nuevo nos encontramos sin resolver el problema de sus discrepancias con el *Discours sur l'origine de l'inégalité*. Aquí la crítica debe solucionar dos cuestiones: primero es preciso explicar por qué el autor compuso dos escritos tan dispares; luego, cumple interpretarlos y extraer de entre un mar de contradicciones el verdadero pensamiento de Rousseau. Todos los comentaristas de estas discrepancias procuran hallar su causa y después cernirlas para extraer una teoría coherente. Son dos temas que debo abordar y por su orden, siquiera a vuela pluma, en esta nota.

Mas—entrando ya con el primero—, si tantos entendidos opinan, ¿por qué no escuchar las opiniones del propio Rousseau?

Ante todo, el autor no advierte contradicciones radicales entre los asertos básicos de sus dos escritos. «Todo cuanto hay de osado en el *Contrato social* ya estaba primero en el *Discurso sobre la desigualdad*; cuanto hay de atrevido en el *Emilio* ya estaba antes en *Julia*. Puesto que tales osadías no provocaron ningún rumor contra las dos primeras obras, no son ellas quienes lo provocaron contra las últimas» (27). Que yo recuerde, sólo esta

---

(27) «Tout ce qu'il a de hardi dans le *Contrat social* étoit auparavant dans le *Discours sur l'inégalité*; tout ce qu'il y a de hardi dans l'*Emile* étoit auparavant dans la *Julie*. Or, ces choses hardies n'excitèrent aucune rumeur contre les deux premiers ouvrages, ce ne sont donc pas elles qui l'excitèrent contre les derniers». *Confessions*, II, IX, ed. cit., pág. 1.146. Este texto también nos sirve para argumentar a mayor abundamiento la prioridad cronológica del *Discours*. Si el *Contrat* no se hubiera es-

vez a lo largo de toda su obra compara Rousseau el *Contrato* con el *Discurso*: del parangón no le resultan discrepancias, sino analogías en punto a las tesis más aventuradas.

Pero si cotejamos por nuestra cuenta sus comentarios acerca de cada una de estas obras, llegaremos a la conclusión segura de que el autor, aun cuando no descubra contradicción en las ideas, sí percibe en cambio grandes diferencias emocionales. Me refiero al talante tan distinto de los dos trabajos, al tono, como dice Rousseau. La crítica ha reparado mil veces en estos desarreglos de la mal avenida pareja. Como tal incompatibilidad de caracteres (tono áureo del *Contrato*, umbrío tono del *Discurso*) constituye un conflicto típico y ha provocado toda suerte de interpretaciones, de nuevo será cosa de dejar que el propio Rousseau opine. Y veremos así cuán sencilla es la explicación.

La aspereza del *Discurso* se debe a una enorme influencia de Diderot. «Obra que resultó más del gusto de Diderot que todos mis otros escritos—nos dice de ella en las *Confesiones*—y para la cual me fueron más útiles sus consejos». Y es revelador ver cómo se disculpa de la virulencia del *Discurso*, cuando añade en nota a pie de página: «Diderot... abusó de mi confianza para dar a mis escritos *ese tono duro, esa negrura que ya no tuvieron cuando dejó de dirigirme*» (28). (Aquí, como más adelante, destaco

---

crito después, aunque su publicación si fuera posterior, difícilmente diría Rousseau que cuanto hay en él de atrevido «ya estaba antes en el *Discurso*...»

(28) «Dans le temps que j'écrivois ceci (el *Discours sur l'inégalité*), je n'avois encore aucun soupçon du grand complot de Diderot et de Grim, sans quoi j'aurois aisément reconnu combien le premier abusoit de ma confiance pour donner a mes écrits ce ton dur et ce noir qu'ils n'eurent plus quand il cessa de me diriger». *Confessions*, II, VIII, nota a pie de pág. 1.341. Sin lugar a dudas, el «complot» al que se refiere Rousseau es el turbio asunto de la correspondencia simulada de la monja. Vale la pena recordarlo, porque pone al descubierto la catadura moral de Diderot y da indicio del tipo de influencia que procuró ejercer en nuestro autor. Conocemos los entresijos de la conjura por la confesión del propio Grim al cabo de diez años (1770) en unas páginas de la *Correspondance littéraire* que Assézat añadió en 1875 a su edición de *La Religieuse* de Diderot. Puede encontrarse una transcripción más fiel en Diderot, *Oeuvres (texte établi et annoté par André Billy, París, 1951)*, páginas 1.413 y sigs. Grim nos habla con sincero arrepentimiento de «un horrible complot dont j'ai été l'âme, de concert avec M. Diderot, et deux ou trois autres bandits de cette trempe de nos amis intimes. Ce n'est pas trop tôt de s'en confesser, et de tâcher, en ce saint temps de carême, d'en obtenir la rémission avec le puits perdu des miséricordes divines». Las declaraciones que siguen delatan la falsedad de las cartas utilizadas por Diderot para hacer «la plus cruelle satire qu'on eût jamais faite des cloîtres». Promovieron un verdadero escándalo; por eso, Rousseau—que se había contado precisamente entre los «amis intimes» de Grim y Diderot—se apresura a declararse ajeno a la innoble conjura. También se refiere a este «complot»

por mi cuenta lo que más nos interesa). En una extensísima carta a M. de Saint-Germain se jacta de atreverse a mostrar hoy el *Discurso*, pero «cortando algunos trozos—precisa a pie de página—a la manera de Diderot que él me hizo incluir casi a pesar mío» (29). Más adelante insiste en esta misma epístola: «Diderot... ha puesto en mis *primeras obras* bastantes fragmentos». Y, de nuevo en nota, advierte: «En cuanto a las ideas, aquellas que él ha tenido la bondad de prestarme y yo la estupidez de adoptar, son muy fáciles de distinguir de las mías...»; como ejemplo, cita un texto concreto del *Discurso* «que es todo entero de él». «Es cosa cierta—dice una vez más—que Diderot abusó en todo momento de mi confianza y de mi docilidad para dar a mis escritos un tono duro, un aire negro...» (30).

No discuto que el *Discurso* y su oratoria congestiva emparentan con las visiones de aquel mediodía de estío a la sombra de un árbol en el camino de Vincennes. Pero no hemos atendido bastante a lo más obvio: pues ¿a dónde iba Rousseau por aquel camino? Al castillo de Vincennes a ver a Diderot, que allí estaba arrestado. Eran los años de estrecha amistad entre los dos, cuando más admiraba Rousseau al enciclopedista, cuando lo tomaba por modelo y por maestro. Tras los fulgores entrevistos en el sesteo a mitad del día y del camino, el pedantón hubo de pasear con su discípulo inspirado por la francesa simetría del parque del *château*. Podemos imaginar al joven cálido y prerromántico contando con entusiasmo sus vislumbres, mientras Diderot pone el contrapunto de un gélido gesto doctoral y añade a descargas su hiel erudita. Sea como fuere, en cualquier caso sabemos a ciencia cierta que hablaron de aquella iluminación (31). Basándose en el regusto sincero y realista del texto donde Rousseau la describe, la crítica ha desmentido a Diderot cuando afirma que él mismo le proporcionó las ideas fundamentales de la obra presentada al concurso de Dijon; «no puede tratarse—escribe Cassirer—más que de un error de Di-

---

en una tardía nota a las *Confessions*, II, VIII, que no figura en el manuscrito: «... en y repensant dans la suite, j'en ai conclu qu'il (Grim) couvoit dès lors au fond de son coeur le complot qu'il a exécuté depuis avec un si prodigieux succès», edición citada, pág. 1.136.

(29) A M. de Saint-Germain, 17  $\frac{26}{2}$  70, ed. cit., pág. 1.677 y nota.

(30) *Idem*, pág. 1.679 y nota. El pasaje del *Discours* que cita como intercalado por Diderot es «celle du philosophe qui s'argumente en enfonçant son bonnet sur ses oreilles».

(31) «... arrivant à Vincennes, j'étois dans une agitation qui tenoit du délire. Diderot l'aperçut; je lui en dis la cause... Il m'exhorta de donner l'essor à mes idées...», *Confessions*, II, VIII, ed. cit., pág. 1.130.

derot o de un engaño de su memoria» (32). Y, sin embargo, estoy por dar más crédito al criticado que a los críticos. Sin duda, proporcionó muchas de las ideas del trabajo de Rousseau. La misma insistencia de éste en describirnos aquel súbito fluir de caudalosas inspiraciones momentos antes de ver a Diderot quizá obedece precisamente al prurito de afirmarse como verdadero inventor y autor de los Discursos; es casi una *excusatio non petita* que cuadra mal con esa otra insistencia posterior en atribuirle al maestro todo lo negro, todo lo duro y negativo de la obra. Diderot le hizo en Vincennes el recuento y balance de la inspiración tenida en el camino; él mismo fue inspiración también, negro hálito que maleó el ímpetu apasionado y ambiguo del músico. Con los años, Rousseau se hizo más consciente, más precavido y, sobre todo, más desconfiado. Diderot había abusado de su confianza—digamos mejor de su juvenil y ciega entrega—para apedrear de tapado, atacar por medio de sicario, insultar sin riesgo. Rousseau lo comprenderá del todo cuando descubra esta misma táctica suya en el *complot* (33) (Diderot ha puesto en boca de una monja todo cuanto quería decir sin dar la cara) y al punto renegará de las páginas más sujetas a su influencia. Pero, de otro lado, Diderot anda dándoselas de verdadero autor de los Discursos que lo hicieron famoso. Con ello toca un punto muy sensible de Rousseau: su recelo—no sabemos si con razón o como consecuencia de su neurótica manía persecutoria—de que quieren negarle la paternidad de sus obras más señeras. Quizá para convencernos de que estas páginas son en verdad fruto de su ingenio procura contarnos con el mayor verismo cómo las concibió en un golpe de inspiración camino de Vincennes (34).

En cambio, Rousseau no nos dice del *Contrat social* nada parecido. Hemos visto cómo Diderot endureció sus primeros escritos y cómo, apenas cesó la influencia del enciclopedista, esa dureza oscura ya no se volvió a repetir. También hemos visto cómo el *Discours* entra dentro de ese grupo de escritos primeros que le salieron agrios por culpa de Diderot. Con el *Contrat* ocurre exactamente todo lo contrario: es tardío y más bien afa-

---

(32) E. CASSIRER: *Op. cit.*, nota a pie de pág. 22.

(33) Vid. nota 30.

(34) Rousseau hace esto mismo cuando, por ejemplo, las gentes dan en decir—o así lo cree él—que no es suya la partitura de *Le Devin du village* (vid. *Confessions*, II, VIII, ed. cit., pág. 1.339) ni le pertenecen sus composiciones en general: cuida de narrar punto por punto la inspiración de la música, el entusiasmo enfebrecido de los primeros trabajos, etc. (Vid. *op. cit.*, II, VII, pág. 1.114, y II, VIII, página 1.139, numerada 1.339 por error).

ble, libre de amargas influencias. El propio autor así lo entiende y lo explica. Veamos de qué manera lo compuso.

Como ya hemos comprobado, en 1756 se pone por fin a trabajar en serio las *Institutions politiques*. «No quise comunicar a nadie mi proyecto —declara en las *Confessions*—, ni siquiera a Diderot». Ese proyecto consistía en escribir la obra sin ambages, pero también sin acritud, «bien sûr que n'ayant point l'humeur satirique, et ne cherchant jamais d'application, je serois toujours irrépréhensible en toute équité». «Desde luego, quería usar plenamente del derecho a pensar que tenía por haber nacido, pero respetando siempre el gobierno bajo el cual había de vivir, sin desobedecer jamás sus leyes...» Tales propósitos le obligan a cuidarse del influjo de Diderot. «No me explico cómo todas mis conversaciones con él siempre tendían a volverme más satírico y mordaz de cuanto mi natural me llevaba a serlo. Esto fue lo que me disuadió de consultarle en un empeño donde quería poner tan sólo toda la fuerza del razonamiento, sin el menor vestigio de humor ni de parcialidad. Puede juzgarse el tono que habría adoptado en esta obra por el del *Contrato social*, que salió de ella» (35).

De forma que para Rousseau el texto modélico de sus escritos de esta segunda etapa es precisamente el *Contrato*, sereno y moderado gracias a su independencia de Diderot. No necesitamos añadir nada más para dejar definitivamente demostrado que es posterior al *Discurso*, ni para explicar las discrepancias entre estas dos obras.

Por lo mismo, si hubiera que elegir en caso de contradicción, siempre prevalecerá el *Contrato*. Hemos de preferirlo por ser posterior, y sobre todo porque refleja el más puro pensamiento de Rousseau, libre de indeseables influencias.

Sin embargo, no dejará de sorprender a algunos que la misma pluma trace dos escritos tan dispares. El autor no percibe sino diferencias de tono, como hemos visto, cuando en realidad hay contradicciones insalvables entre las ideas. Los glosadores que han agigantado su figura deberán devanarse los sesos para librar a su ídolo de esta tacha. Por eso se siguen produciendo intentos de síntesis, grandes esquemas para alojar en compartimientos distintos (en lo empírico y en lo trascendental, en lo real y en lo ideal, en lo histórico y en lo lógico...) las tesis mal avenidas entre sí. Se trata con esto de tomar significativo lo que al pronto resulta incongruente. Y antes de terminar esta nota no resistiré a la tentación de hacer algo parecido por mi cuenta.

---

(35) *Confessions*, II, IX, ed. cit., pág. 1.145, texto y nota.

Pues bien, ¿no es ya bastante significativo de suyo que la obra de un autor esté plagada de contradicciones? A buen seguro estas discrepancias no nos arrojarán su verdadera luz mientras nos empeñemos en forzarlas y someterlas a torturas ortopédicas para corregirlas: sólo aportan su cierto testimonio cuando las reconocemos y aceptamos tal y como son. Así tomadas, significan algo muy importante: que Rousseau es hombre de pasión decidida y dubitoso pensamiento. Si afirma algo con la misma convicción que su contrario, será—apuntaría Aristóteles—porque es un retórico, no un filósofo (36). Quiero recordar de nuevo que Rousseau advierte las diferencias de *tono*, de *estilo*, y en cambio se desentiende de la incompatibilidad de las ideas: Rousseau es un estilista, un prodigioso escritor, mas no un cabal teórico. Nuestra equivocación ha sido tomar por pensador al sentidor, valgan las palabras de Unamuno. En los sentimientos, el margen de contradicción posible es inmensamente más amplio que en las ideas. Dicho de forma llana: puedo tener «sentimientos encontrados», pero no puedo tener «ideas encontradas», pues más bien sería tener perdida la cabeza. Hombre más emocional que reflexivo (y no se tome por menosprecio de su formidable inteligencia, sino como diagnóstico de su actitud), veremos a Rousseau amar y aborrecer al tiempo un mismo objeto. «Esa locura... ha arraigado sin razón alguna en mi corazón de tal suerte—dice a propósito de su secreto entusiasmo por la Francia monárquica—, que cuando después he hecho en París de antidéspota y de republicano altivo sentía a despecho de mí mismo una predilección secreta por esa nación que encontraba servil y por ese gobierno que afectaba reprobar» (37). Cuando este carácter dispone de instrumentos tan eficaces como el talento y la pluma de nuestro autor, se plasma en un barroco enredo de exaltaciones y condenas; gracias a su forma literaria y a su argumentación rotunda parecerán ideas que se dan de palos, pero siguen siendo sentimientos pasados al papel. Rousseau se diferencia de los filósofos en que no sabe bien lo que quiere..., pero desde luego lo quiere apasionadamente. Con sus escritos no nos da un sistema, sino un *tono*, una nueva posición emocional: ahí residen su fuerza y sus limitaciones. Por eso su obra es tan voluble, porque en todo hombre el ánimo es más ágil que las ideas y se muda más pronto. En otro lugar he apuntado que por su último fondo mítico entra en los dominios de la poesía, no en los de la ciencia; vemos ahora cómo por su forma tornadiza, por esa superficie donde se suceden tormentas y bonanzas, también parece hechura de poeta. Bastaba con las frases de un

(36) El mismo lo confiesa alguna vez: «je n'ai ja mais fait grand cas de la philosophie...» (*L. a Madame Créqui*, de 5 febrero 1761, ed. cit., pág. 1.431).

(37) *Confessions*, I, V, ed. cit., pág. 1.085.

amigo o el desplante de una dama para cambiarle el temple y teñir sus páginas de verde esperanzado o de negro. A veces bastaba el clima, el lugar de trabajo, el paisaje tras el cristal de la ventana. Así lo confiesa en la primera de las *Quatre Lettres a M. le Président de Malesherbes, contenant le vrai tableau de mon caractère, et les vrais motifs de toute ma conduite*, cuyo título cito ahora entero para subrayar su valor exegético. Escribe esta epístola en las soledades de Montmorency el 4 de febrero de 1762, cuando *Du Contrat social* ya está a punto de aparecer. «En París es donde una bilis negra corroe mi corazón, y la amargura de esa negra bilis no hace sino dejarse sentir con exceso en cuantos escritos publiqué mientras estaba allí. Pero, señor, comparad aquellos escritos con los que he hecho en mi soledad: o mucho me equivoco, o sentiréis en estos últimos una cierta serenidad de alma que no se finge...» (38).

Este, sí, es el verdadero carácter de Rousseau, y de este mismo porte son los verdaderos motivos de toda su conducta. Las discrepancias entre el *Discurso* y el *Contrato* encajan, a fin de cuentas, en esta elasticidad irreflexiva del autor; son obra de una anchurosa inteligencia cegada de pasión sin tino. Por tanto, no hagamos ímprobos esfuerzos para poner grandes síntesis donde hay contradicciones palmarias. Dejemos a los adoradores incondicionales de Rousseau el empeño de tapar sus fallos y tornarlo a lo divino encubriéndole lo humano. Mejor prefiero verlo como un hombre falible y tornadizo, dolido y doloroso soñador de cambiantes quimeras. Así fue el primer romántico: «brûlant d'amour sans objet» (39). Ardiendo de amores sin objeto empezaba la era irracional.

JOSÉ GUILLERMO G. VALDECASAS Y ANDRADA.

(38) *Quatre lettres a M... Malesherbes*, I (4 enero 1762), ed. cit., pág. 1.223.

(39) *Confessions*, I, V, ed. cit., pág. 1.095.

